molestaba, pero lujo, al mismo tiempo que proyectó la revolución bien lejos, en su isla soñada, en África. Como sucede con frecuencia en los juglares Marley, hijo del monte y el gueto, tenía de rebelde y de mañoso, de profeta y de pirata; de ahí su mentalidad ladina, su astucia especial para esconderse ante las preguntas de la razón instrumental, seguramente un instrumento de Babilonia para confundir, para tender útiles cortinas de humo con su labia de hombre bartolo, trabado hasta la eternidad.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ
Departamento de Sociología
Universidad del Atlántico

Relectura atenta, heterodoxa, panorámica, generosa

Antología de la poesía colombiana
Selección y prólogo de Rogelio Echavarría
Ministerio de Cultura, El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 689 págs.

¿Quién es quién en la poesía colombiana?
Rogelio Echavarría
Ministerio de Cultura, El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1998, 556 págs.

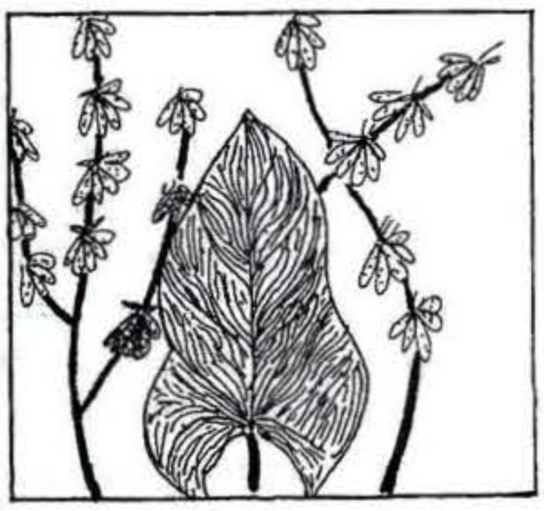
La *Antología de la poesía colombiana* de Rogelio Echavarría (Santa Rosa de Osos, 1926) es un "juicio de la inteligencia poética" (inteligencia dialogante), para utilizar las palabras del escritor mexicano Gabriel Zaid[1]. Pero también es un "juicio de la inteligencia periodística" (inteligencia crítica e histórica). La óptica lectora de Echavarría es capaz de apreciar los valores del pasado (haciendo exhumaciones), los valores de ámbitos regionales, los nombres del presente (poetas jóvenes que empiezan a ser leídos), y los nombres de los famosos y ya clásicos. Es más: acoge también "algunas composiciones de poetas menores, que se salvan precisamente por excepcionales, al menos en el contexto de sus propias obras". Echavarría sabe aceptar los lugares comunes y los poemas de omisión imperdonable.

Como Gabriel Zaid, el poeta de *El transeúnte* cree que hay que "desmitologar" las antologías, convertir la expectativa apocalíptica del "juicio final antológico" en "buen juicio dialogante". Es necesario "desmitologar" el cándido o terrible concepto de "posteridad absoluta". Una antología no es un "juicio final"; una antología es apenas un ejercicio de "relectura" inteligente y sensible que renueva o afina la sensibilidad poética de un público. Una antología es un punto de vista. "El camino de la definitiva antología, la verdadera *antología de antologías* —la especie de la que hablara Darío Jaramillo— es la que va cocinando el tiempo". Echavarría, en apenas tres páginas introductorias, sintetiza lúcidamente lo que ha aprendido en su labor como lector, poeta, crítico, periodista y antologista[2] y nos ofrece algunas pistas:

- La antología se mueve entre el elogio superlativo (elogios que matan, elogios terminantes, elogios concluyentes, elogios que le tapan la boca a la obra, a su decir vivo) y el agudo reproche. La antología marca un hito en las grandes controversias críticas, negando toda posibilidad de un razonable punto medio. El poema en la antología se convierte así en *"cosa"* de la cual se habla, pero ya no se lee ni se escucha.
- Las antologías se copian las unas a las otras. Los poemas (antologías de poemas) y los poetas (antologías de poetas) se repiten de libro en libro, hasta el punto de contabilizar quiénes tienen más figuraciones, quién aparece en más volúmenes antológicos. "Lo que en parte es verdad... ¿Pero cómo soslayar aquello que ya ha recibido la consagración pública y precisamente por eso?", afirma Echavarría.
- Es necesario —según Rafael Maya— "juzgar de acuerdo con su época, sin aplicar criterios contemporáneos". Echavarría concluye: "Si cada antologista hiciera borrón y cuenta nueva, no tendríamos una 'tradición de la pobreza' —como llama Cobo Borda la de la poesía colombiana— sino ninguna". Cada época tiene sus valores estéticos, y su sensibilidad colectiva produce nuevos nombres y cancela dialécticamente otros.
- La mirada de antologista de Echavarría le permite —indirectamente— hacer también un balance crítico (censo crítico) de la poesía en Colombia, y situarla en un contexto. Cita a José Joaquín Ortiz, quien en 1848 publica la primera antología general colombiana con el título de *El parnaso granadino.* Allí Ortiz se proponía cambiar la idea según la cual "es común opinión en las repúblicas americanas en que se habla la lengua de Castilla, que la Nueva Granada, si bien es famosa en lides, es pobre en literatura..."[3]. Idea que es ratificada siglo y medio después por el propio Cobo Borda: "La poesía colombiana, más allá de las fronteras patrias, no parece contar en el ancho mundo de la lengua española, en ningún sentido"[4]. Al respecto, Darío Jaramillo corrobora: "Baste decir que el mito 'Colombia es un país de poetas' es imagen de consumo interno"[5].

- Echavarría cree que cada antología es un cuerpo que gana y pierde en actualidad. Un organismo autónomo —en este caso, de más de trescientos nombres, más de seiscientas páginas— que nace y va muriendo como cualquier otro ser en el tiempo. La definitiva antología, *antología de antologías,* es apenas una posición ideológica, una metáfora.
- La antología deja también ver cómo en la época actual "no sólo hay de dónde escoger sino definitivamente un abrumador exceso de poetas". Poetas heterogéneos, poetas promedio (*clase media poética*) que escriben correcta, pulcra, decorosamente.

- Esta intuición de *poesía promedio* ya existía (aunque en menor proporción) en otras épocas. Para demostrarlo, Rogelio Echavarría se da a la tarea de recoger nombres "consagrados por la anónima y desprejuiciada memoria del vulgo —ese parnaso marginal—" y nombres rescatados por estetas y académicos. Junto a Silva, Flórez, Valencia y Barba, el antologista presenta nombres silenciados de poetas modernistas como: Antonio Gómez Restrepo, Isaías Gamboa, Abel Farina, Víctor M. Londoño, Adolfo Milanés, Luis Tablanca, Daniel Lemaitre, Carlos Villafañe. El trabajo investigativo del recopilador es exhaustivo, presenta más de 50 poetas modernistas "cuasi-inéditos" que no trascendieron, pero que escribieron correcta y decorosamente. La pregunta que surge es: ¿qué trabajo investigativo y crítico se podría llevar a cabo con estas exhumaciones?, ¿o acaso quedarán registradas en la antología como simples curiosidades arqueológico-literarias?



La *Antología de la poesía colombiana* de Rogelio Echavarría nos ofrece un ejercicio de *relectura* atenta, heterodoxa, panorámica, generosa, reposada con los años, donde se establece un diálogo implícito entre el gusto personal del poema y el criterio histórico del coleccionista. Es uno de los proyectos más ambiciosos de antología acometidos en Colombia tanto por extensión como por hondura investigativa, equiparable a la de Fernando Arbeláez (1964) y Andrés Holguín (1974)[6]. "Excelente, mamotrética y costosa", recordando las palabras de Gabriel Zaid a propósito de la *Antología mexicana del siglo XX* de Carlos Monsiváis.

Pero el trabajo investigativo de Rogelio Echavarría no se queda allí. Un año más tarde aparece el diccionario de autores *¿Quién es quién en la poesía colombiana?*, fruto de la Beca de Investigación en Periodismo Cultural (Colcultura, 1994). Con el mismo formato editorial de la *Antología de la poesía colombiana*, este diccionario —su tándem— pretende incluir a todos los autores de todas las épocas, de todas las regiones y de todas las escuelas literarias a lo largo de nuestra historia lírica.

Dispendiosa y admirable investigación biobibliográfica, desde la **A** hasta la **Z**; desde **Castellanos, Juan de**, nacido en 1522, hasta **Escobar Gómez, Edgardo,** nacido en 1974. En un país anclado en su "estadio lírico" —como afirmaba Hernando Téllez— se comprende la excepcional extensión de este volumen: más de mil quinientos autores.

El libro de Echavarría es infinito como el libro de arena. Va creciendo todos los días, a medida que los poetas "pasan a la historia", que aparecen nuevas voces y que se publican del propio bolsillo más y más libros. Este "censo intemporal" pretende ser complementado a través de nuevas ediciones de *Quién es quién,* según el propósito de su autor.

Echavarría es consciente de las limitaciones de su trabajo y aclara que no es una antología ni un ensayo crítico. El autor proporciona en este volumen generoso los datos esenciales de cada poeta: lugar y fechas de nacimiento y muerte; libros con el año de publicación, profesión u oficio y trabajos desempeñados. Esta es la única reseña para los poetas menores. Porque el criterio, según la importancia del poeta, se revela en el espacio asignado a cada uno. Así, hay tres categorías críticas implícitas: los que llevan dos páginas, los de una página y aquéllos que ocupan un párrafo.

Sobre los poetas de dos y de una página se transcriben opiniones —noticias periodísticas— de críticos y reseñistas para mostrar un panorama general, una ubicación estética y un estilo. La información organizada que maneja Echavarría en este diccionario es, por decir lo menos, apabullante. El laborioso escudriñamiento por bibliotecas, hemerotecas, universidades y medios culturales lo ha llevado a edificar una verdadera *torre de Babel de la poesía colombiana.*

JORGE H. CADAVID

---

1 Gabriel Zaid, "De las antologías como juicio final", en *Leer poesía*, México, Joaquín Mortiz, 1972.

2 La labor de Rogelio Echavarría como antologista incluye: *Versos memorables: las cien más famosas poesías colombianas*, Bogotá, Planeta, 1989; *Antología de la poesía colombiana*, Bogotá, Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, 1996.

3 José Joaquín Ortiz, *El parnaso granadino. Colección escogida de poesías nacionales*, Bogotá, Imprenta de Ancízar, 1848.

4 Juan Gustavo Cobo Borda, *Historia portátil de la poesía colombiana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995.

5 Darío Jaramillo Agudelo, "Antologías", en *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá, Ediciones Casa Silva, 1991.

6 Fernando Arbeláez, *Panorama de la nueva poesía colombiana*, Bogotá, Ediciones del Ministerio de Educación, 1964; Andrés Holguín, *Antología crítica de la poesía colombiana*, Bogotá, Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, 1974.

Siete transeúntes

El transeúnte (1948-1998)
Rogelio Echavarría
Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1999, 110 págs.

Rogelio Echavarría nació en Santa Rosa de Osos, Antioquia, en 1926 y su obra poética se halla reunida en un solo libro de 110 páginas que con siete ediciones abarca la totalidad de sus poemas que él considera definitivos escritos entre 1948 y 1998. Cincuenta años para 70 poemas, muchos de ellos brevísimos y algunos certeros. Comenzó, como era habitual en su generación, con el tono elegíaco que fusionaba las azucenas, los jazmines y el azul translúcido de Piedra y Cielo con "el agua desesperada de la sed. Y [...] la definitiva marea que te invade", proveniente todo ello del alud geológico con